

Se murió con el secreto

Miguel Averó
(Uruguay)¹

A Claudio Paolini

Ni la memoria
ni pintar ni escribir
te hacen volver.
Javier Etchevarren

La vieja me arrimó el mate dulce sin quitar los ojos de la telenovela. Yo observaba esa pequeña laguna marrón, la bombilla que salía del agua con restos de galleta o pan que traté de limpiar disimuladamente con dos dedos y una mueca de asco inevitable.

—Puedo volver más tarde, señora— atiné a decir en voz baja y sin demasiada convicción. No quería interferir con los diálogos que se sucedían en la pantalla del televisor.

—No, mijo, esperá un poquito, querés. Jorge está ocupado con la novia, pero en un ratito sale. Eso sí, yo no lo quiero molestar. Y me imagino que vos tampoco, así que esperá.

Asentí resignado, observando el reloj cucú ubicado encima del arco de entrada a la cocina, los muebles antiguos que poblaban la casa desde mucho antes de mi nacimiento y del de mi amigo, el ventanal que daba a Camino Repetto cegado por las cortinas blancas y polvorientas, y finalmente la puerta cerrada del cuarto, la madera que lograba plantar ante mis ojos la ansiedad y la excitación, la extrañeza de comprender que Jorge, el Camello como le decíamos entre amigos, estaba allí con una mina.

1. Miguel Averó (Montevideo, 1984). Poeta, narrador, ensayista, docente e investigador. Co-fundador de Orientación Poesía y En el camino de los perros. Dirige el taller de escritura "Puerta Quimera". Participa de diversas antologías nacionales e internacionales. Ha publicado el poemario *Arca de aserrín* (Ediciones en Blanco, 2011), la nouvelle *Micaela Moon* (Travesía Ediciones, 2014; reeditada en 2015). En el año 2016 edita los libros: *Que nadie pregunte por ti* (Bestial Barracuda Babilónica, prosa poética) y *La pieza* (Walkie Talkie Ediciones, poesía). Obtuvo el primer premio de poesía Espacio Mixtura con el libro *Libreta insomne* (Editorial Primero de Mayo, 2019). Recientemente acaba de publicar *Haiku mate* (Ediciones del Demiurgo, poesía) en coautoría con el poeta minuano Leonardo de León. Parte de su obra ha sido traducida al inglés y al francés.

Un segundo mate era cebado por la doña. Me prometí a mí mismo soportar dos ingestas –por cortesía– y luego salir para mi casa, llamar al Seba y preguntarle si sabía con quién andaba el Camello. En la pantalla se sucedía la típica escena de las novelas mediocres: la confesión insólita de un secreto entre dos, mientras un tercero aguarda escondido (y escuchando) tras la puerta mal cerrada. Doblado por el tedio bajé la mirada del televisor y me detuve sobre un pequeño portarretrato de madera. La foto era en blanco y negro: un hombre flaco y alto, peinado con gomina, acariciaba un caballo en algún campito de Repetto.

—¿Sabés quién es ese?– preguntó la vieja acomodando la bombilla como quien pone primera en una caja de cambios derruida. Negué con humildad y prosiguió desconcertante—. Yo lo amaba. Es el abuelo de Jorge, mi esposo por más de cuarenta años. Yo lo amaba– repitió.

—¿Qué le pasó?– pregunté tratando de mostrar interés y de paso poner definitivamente la pelota en su campo. Afuera el invierno posaba su sombra sobre el barrio; la noche se acercaba a las puertas de las casas y unos pocos transeúntes regresaban de los últimos mandados. La puerta de mi amigo seguía dura, imperturbable, ningún sonido escapaba por las rendijas.

—¿Me estás escuchando, mijo? Ustedes preguntan y después se mandan mudar, eso es una falta de respeto. Tomá el mate, ya está medio lavado.

Mis manos frías sostenían el jardín, o la laguna Merín para ser más exactos. Era una cicuta dulzona que empecé a beber tratando de pensar en otra cosa: los goles del Chengue contra Australia, el Play II que alquilamos con los gurises, el rostro soñado de Cynthia en la entrada del liceo.

—Sabés que una noche pasó una cosa increíble -la vieja bajó de pronto el volumen de la tele para congregarse en su historia-, llovía, llovía muchísimo, recuerdo que tenía montones de ropa para lavar. Terminamos de matear con el viejo, él trabajaba de policía en el Manzanares del kilómetro 16, pero esa noche tenía libre. Creo que ni cenamos y nos metimos en la cama, no daba para mucho la cosa. Recuerdo que en eso, el Matute empieza a ladrar desaforadamente. Era un perro precioso que teníamos, pobrecito. En eso, te decía, el perro empieza a ladrar como loco, y el viejo –que era guapazo– se levanta, abre la mesita de luz, saca el arma y enfila para la puerta. Yo lo miraba temblando desde la cama. El viento sacudía la puerta y toditas las ventanas, parecía que en cualquier momento nos quedábamos sin techo. Abrió la puerta, alcancé a ver las cosas que volaban por el terreno, ramas pequeñas, basura, la pelota del Roy que era un gurisito en aquella época. El viejo se quedó parado frente a la lluvia, de pronto giró y dio un paso dentro de la casa. Cerró la puerta y pasó la llave. Yo seguía mirando desde el cuarto. Qué pasó le preguntaba y él nada. ¿Qué pasó? Entró pensativo, guardó

el arma en el cajón, se sacó la ropa y se metió en la cama. No me preguntes nada fue lo único que dijo, no me preguntes nada. La tormenta amainó y pude dormirme, pero a la mañana siguiente... ay, la mañana siguiente. Todos los animales muertos, gallinas, gatos, perros, sí, mi Matute también, todos. A lo largo y ancho de Repetto no quedó un animalito con vida.

La historia por primera vez comenzaba a interesarme, pero ella creyó oportuno guardar silencio. Miró brevemente la perplejidad que transmitía mi rostro, luego dirigió su mirada hacia la puerta del Camello y finalmente subió el volumen de la tele.

—Jorge ya debe estar por salir, no te impacientes —dijo mientras cebaba.

—¿Pero qué fue lo que vio su marido?— solté intempestivo.

—Se murió con el secreto, mijo, se murió con el secreto.

Sus ojos vidriosos habían crecido tras los lentes. Entendí o pensé apenas, que ella necesitaba escuchar la historia, revivirla de la única forma posible, es decir, contándosela a otro. Poblado la casa con los colores de otra época, el marido vivo, de pie ante el espectáculo de la tormenta, la cama levemente mojada por la humedad de su cuerpo, las dos respiraciones en la madrugada. Imaginé que en la mesita de luz del hombre aún reposaría el revólver, en el ropero sus prendas, sus herramientas en los galpones. Busqué un reloj inexistente en mi muñeca y me puse de pie.

—Tengo que irme, señora, mis padres me esperan para la cena— mentí.

La vieja no pareció escucharme, sus ojos duros se clavaban en el aparatejo de las comedias, sin embargo esbozaba una sonrisa. Miré, miramos, una vez más hacia la pieza del Camello. Un mundo diferente se dibujaba dentro. Me puse el saco, saludé tímidamente y salí a la calle. Primero el largo terreno de pastos altos, el perro flaco de mi amigo, eternamente atado y ladrador. Me detuve antes de llegar a Repetto y di media vuelta para observar la casa. La vieja seguía en la silla tras los ventanales, la tele prendida, el color amarillento del ambiente contrastando con la noche azul, casi negra que se tragaba mis pasos. Caminé lentamente con las manos heladas en los bolsillos. Entré al Santos Dumont, Batlle lloraba en todas las pantallas mientras los borrachos reían, jugaban a las maquinitas y bebían un vino sucio en copas grisáceas y empañadas. Me paré en un costado de las mesas, observando la pantalla que daba a la callecita del Juvenil, revolví en mis pantalones buscando alguna moneda. El viejo Walter me miraba desde el mostrador. Entre el murmullo pareció despegarse una risa conocida, algún movimiento brusco y el vaso estallando en las cerámicas del piso.

—Te lo voy a pagar, Walter —dijo la misma voz que, ahora, pude ubicar en el desgarrado cuerpo del Roy. Levantaba a un tipo del piso, entre las sillas, alguien lo ayudaba.

—El pendejo no sabe tomar, pa' qué lo traes pelotudo— respondió Walter, desafiante, desde la caja.

—Con mi sobrino no te metás, ¡chupapija!— respondió el Roy abandonando en el piso al Camello y avalanzándose sobre el viejo.

—¡Dale, puto, pagame el vaso que rompieron y mandate mudar! ¡Te rompo la cabeza Roy, te rompo la cabeza!

Puteadas y forcejeos llenaban la noche del barcito mientras el frío, dentro, parecía disiparse a medida que el tumulto crecía, para luego diluirse en el absurdo regreso de los parroquianos a sus mesas. Traté —inundado de preguntas— de ayudar al Roy en la tarea de poner en pie a mi amigo y conducirlo hasta la calle. Dos largas cuadras nos separaban de la casa a la que no tenía pensado regresar tan pronto. Había comenzado a llover suavemente sobre la plaza y en mi frente iban brotando las conjeturas, las dudas, los malentendidos. El Camello caminaba como atontado, colgado de nuestros hombros, balbuceando incoherencias; el Roy se quejaba de que seguía sin conseguir trabajo.

—Viste pibe, el viejo fue a llorar a la Argentina, qué vergüenza—, dijo sin esperar mi respuesta. Caminá Jorge, dale que ya estamos llegando. Tocayo tuyo tenía que ser-agregó como si estuvieran ellos solos, mano a mano.

Bajamos por el terreno de pastos altos, la lluvia había despertado algunos insectos y desde el costado de la casa partían los ladridos.

—Perro de mierda, va a despertar a la viejita— dijo el Roy mirando su reloj visiblemente empapado y apurándose.

—Andá, mijo, yo acuesto al borracho de tu amigo. A ver si te aparecés más seguido. No te pierdas— sonrió.

Saludé con la cabeza y me quedé parado frente a la puerta cerrada. A mis espaldas se había descolgado la lluvia, el viento. El perro del Camello lloraba desde la cucha. Pensé por un momento en el vacío que puebla las historias, todas. Pensé que todas las historias se nutren del vacío, de lo no dicho, de la honda grieta de las pausas y de lo que sacamos en limpio del silencio. Seguí parado durante minutos largos, densísimos. Los árboles se deshacían, las puertas y las ventanas temblaban, vi rodar una pelota embarrada, un remolino de insectos danzaba sobre mi cabeza. La tormenta era ese animal negruzco, desbocado, de otro tiempo. Ningún viejo vino para abrirme la puerta.